

# En Iraq, ¿Misión cumplida?

El rol de Estados Unidos como combatiente en Iraq concluye el martes.  
¿Qué fue exactamente lo que ganamos en siete años de lucha?

Editorial, *Los Angeles Times*, 22 de agosto de 2010

Quienes han vivido la guerra en Iraq nunca han sabido con certeza si estaban al principio, a la mitad o al final de las hostilidades. Los preparativos para la invasión que encabezaron los Estados Unidos comenzaron mucho antes del lanzamiento de la operación “conmoción y pavor”, en marzo de 2003. Las fuerzas estadounidenses derrocaron a Saddam Hussein en cuestión de semanas, pero en lugar de poner fin a la lucha, como se esperaba, el colapso del régimen y el posterior desmantelamiento del ejército iraquí gestaron la insurgencia y el brutal conflicto sectario. Ahora que Estados Unidos concluye formalmente su papel combatiente, el 31 de agosto, es el momento, una vez más, de preguntar: ¿Cuál fue la misión de EE.UU. en Iraq, y qué logró?

Hussein fue un dictador despiadado cuyos secuaces torturaban a los opositores políticos que no ejecutaron. Invadió Irán en 1980 y Kuwait en 1990. Trató de construir armas nucleares y usó armas químicas contra Irán y contra sus propios ciudadanos. Tan solo en marzo de 1988 mató al menos a 5,000 kurdos en Halabja. En total, más de 180,000 kurdos hombres, mujeres y niños fueron asesinados durante su campaña de Anfal, en el norte. Mientras tanto, el régimen desecó las marismas y mató de hambre a cientos de miles de árabes chiítas fuera del sur. Estos fueron los horribles crímenes de los últimos decenios, muchos de ellos, cometidos con bastante anterioridad a la decisión del presidente George W. Bush, de buscar un “cambio de régimen”. Mas tales crímenes, ¿justifican una invasión de EE.UU.?

La administración de Bush tomó la decisión de ir a la guerra en Iraq a raíz de los ataques del 9/11, tramados por Al Qaeda de Afganistán y llevados a cabo por saudíes, no por iraquíes. Este hecho ofreció muchas razones para volver la mirada hacia Iraq. En primer lugar, Bush hizo de los ataques en los Estados Unidos un asunto radical para justificar ataques preventivos contra *potenciales* amenazas a los estadounidenses. Dijo que era necesario desarmar a Hussein, quien presuntamente ocultaba un programa para desarrollar armas de destrucción masiva en violación de las resoluciones del Consejo de Seguridad de la ONU. El gobierno alegó una conexión entre Hussein y Al Qaeda y advirtió que Hussein podría proporcionar a los terroristas tales armas. Los ideólogos neoconservadores agregaron el argumento de que la eliminación de Hussein abriría el camino a un gobierno democrático en Iraq y que produciría un efecto dominó en todo el Oriente Medio —la democracia dominó— que estabilizaría la región.

Los opositores a la guerra atribuyen otros motivos a Bush: Trató de “terminar el

trabajo” de su padre, quien se detuvo después de sacar a Hussein de Kuwait mediante la Guerra del Golfo Pérsico, o, como creían muchos iraquíes, quería meter las manos en el petróleo iraquí.

Al menos 4.415 soldados estadounidenses murieron en combate, y decenas de miles resultaron heridos. Ha sido más difícil contar las bajas iraquíes. El sitio web del Iraq *Cuenta de Bajas* sitúa a la cifra de muertos civiles entre 97,000 y 106,000, cientos de miles fueron heridos y muchos otros desplazados, forzados al exilio. La administración de Bush inicialmente calculó que la guerra iba a costar 50 mil millones de dólares. Siete años después, la cuenta ha ascendido a 750 mil millones, y es probable que se requiera casi otro tanto para atender a los miembros del servicio que han regresado física y psicológicamente heridos. De cualquier manera, el precio ha sido alto en sangre y dinero, más el daño a la autoridad moral de Estados Unidos.

Desde el principio, este portal de la red se opuso a la guerra, diciendo que el gobierno no había logrado demostrar que Hussein tuviera armas de destrucción masiva o una conexión con los perpetradores del 9/11. Donald H. Rumsfeld, a la sazón, secretario de Defensa, dio su célebre respuesta a los escépticos al afirmar que “la ausencia de evidencia no es evidencia de ausencia”. La Administración señaló unos tubos de aluminio como indicio de sospecha, así como presuntos laboratorios biológicos móviles, y se lanzó a la guerra a pesar de la oposición de la mayoría de sus aliados y sin aprobación de las Naciones Unidas.

Tras la caída de Hussein, pronto quedó claro que la administración estuvo viendo cosas que quería encontrar en lugar de dar con la verdad. En Iraq no había armas de destrucción masiva; tampoco conspiradores del 9/11. Bush llevó al país a la guerra con pretextos falsos. Los Estados Unidos no era más seguro tras la guerra porque no hubo a la vista amenaza inminente alguna. Posiblemente los estadounidenses estaban en mayor riesgo. Al Qaeda explotó el resentimiento de los iraquíes contra las tropas de EE.UU., que gran parte del mundo musulmán vio como ocupantes y no como libertadores. Los abusos cometidos por soldados de EE.UU. en la prisión Abu Ghraib avivaron la ira y el antiamericanismo. Si Al Qaeda no era una fuerza en Iraq antes de la guerra, lo fue después. Y en lugar de estabilizar la región, la guerra sacudió un equilibrio estratégico. El régimen sunita de Hussein había servido como útil aunque desagradable contrapeso para el gobierno chiíta de Irán.

Después de la invasión, Teherán comenzó a ejercer gran influencia sobre la mayoría chiíta que llegó al poder en Iraq, mientras el prestigio EE.UU. disminuía debido a sus fallas para proporcionar seguridad, electricidad y estabilidad. Este portal apoyó la “oleada” de tropas de EE.UU. como medio de pacificar el país, de permitir que un gobierno iraquí asumiera el poder y pusiera fin a la guerra. Pero el país sigue siendo inestable. Ahora, conforme los EE.UU. reducen sus fuerzas, su influencia disminuye e Irán es justamente uno de los vecinos que cabalgan encarrerados por llenar el vacío.

Hussein fue capturado, juzgado en una corte iraquí y ahorcado. Hoy los iraquíes tienen mayores libertades de expresión y organización política; de forma destacada, elecciones libres y limpias, y una economía más abierta. No obstante, han cambiado la bien ordenada tiranía de Hussein por el caos de la violencia sectaria: bombas cotidianas, asesinatos y derramamiento de sangre civil.

La democracia no ha echado raíces firmes en Iraq y mucho menos se ha extendido en todo el Oriente Medio como lo predijeron los neoconservadores. Las elecciones de esta primavera produjeron un Parlamento paralizado que ha sido incapaz de formar un nuevo gobierno; para elegir un líder, los líderes chiítas no se ponen de acuerdo entre sí, y mucho menos con los kurdos y los sunitas. Siete años después de la caída de Hussein, aún no han sido capaces de encontrar la manera de compartir el poder, la tierra y la riqueza petrolera del país.

Así, mientras que muchos iraquíes reconocen con alivio la ausencia del régimen de Hussein, otros sostienen que no valió la pena el dolor que implicó derrocar al dictador, y algunos incluso añoran la presencia de un hombre fuerte que restaure la calma. Muchos iraquíes y estadounidenses temen que la retirada de las tropas de combate de EE.UU. no marcará el fin de la guerra de Iraq; servirá de preludio a una guerra civil que se desborda por las fronteras a toda la región. Eso sería un desastre colosal.

Iraq puede recuperarse. Sus comunidades sectarias pueden superar siglos de desconfianza y violencia, y encontrar una manera de unir a la nación. Si lo logran, será mérito del pueblo iraquí, y ocurrirá a pesar de la ocupación de EE.UU., no gracias a ella. La guerra puede ser considerada una victoria en solo un sentido: Eliminó a Hussein. Por lo demás, la guerra en Iraq fue una desventura que comprometió los intereses nacionales de EE.UU. Fue demasiado costosa para lo que obtuvo como resultado.